

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: Cómo Bessie Blithesome llegó al Valle de la Risa (12/22)

Un día, mientras Claus se sentaba ante su puerta para disfrutar del sol mientras tallaba con afán la cabeza y los cuernos de un ciervo de juguete, levantó la vista y descubrió un brillante grupo de jinetes que cabalgaba por el Valle.

Cuando se acercaron vio que la banda estaba formada por una veintena de hombres de armas, vestidos con brillantes armaduras y con lanzas y hachas de combate en las manos. Delante de ellos cabalgaba la pequeña Bessie Blithesome, la hermosa hija de aquel orgulloso Lord Lerd que una vez había expulsado a Claus de su palacio. Su corcel era de un blanco puro, la brida estaba cubierta de brillantes piedras preciosas y la silla de montar estaba cubierta con un paño de oro ricamente bordado. Los soldados habían sido enviados para protegerla durante el viaje.

Claus se sorprendió, pero no dejó de tallar y cantar hasta que el grupo estuvo delante de él. Entonces la niña se inclinó sobre el cuello de su corcel y dijo: —Por favor, Señor Claus, ¡quiero un juguete!

Su voz era tan suplicante que Claus se levantó de un salto y se puso a su lado. Pero no sabía cómo responder a su petición.

—Eres la hija de un Lord rico —dijo—, y tienes todo lo que deseas.

—Excepto juguetes —añadió Bessie—. No hay más juguetes que los tuyos en todo el mundo.

—Y yo los hago para los niños pobres, que no tienen otra cosa para entretenerse —continuó Claus.

—¿A los niños pobres les gusta más jugar con juguetes que a los ricos? —preguntó Bessie.

—Supongo que no —dijo Claus pensativo.

—¿Tengo yo la culpa de que mi padre sea un Lord?

¿Deben negarme los bonitos juguetes que tanto deseo porque otros niños son más pobres que yo? —preguntó seriamente.

—Me temo que sí, querida —respondió—; porque los pobres no tienen otra cosa con que entretenerse. Tú tienes tu poni para montar, tus criados para atenderte y todas las comodidades que el dinero puede procurarte.

—¡Pero yo quiero juguetes! —gritó Bessie, enjuagándose las lágrimas que asomaban de sus ojos—. Si no puedo tenerlos, seré muy desgraciada.

Claus se inquietó, pues el dolor de la niña le recordó que su deseo era hacer felices a todos los niños, sin tener en cuenta su condición en la vida. Sin embargo, mientras tantos niños pobres pedían a gritos sus juguetes, él no podía soportar dar uno de ellos a Bessie Blithesome, que ya tenía tantas cosas que la hacían feliz.

—Escucha, hija mía —dijo con dulzura—, todos los juguetes que estoy haciendo ahora están prometidos a otros. Pero el próximo será tuyo, ya que tu corazón lo anhela tanto. Ven a verme en dos días y lo tendrás listo. Bessie lanzó un grito de alegría e, inclinándose sobre el cuello de su poni, besó a Claus en la frente. Luego, llamando a sus hombres de armas, se alejó alegremente, dejando a Claus reanudar su trabajo.

“Si tengo que abastecer tanto a los niños ricos como a los pobres, no tendré un momento libre en todo el año. Pero, ¿es justo que dé a los ricos? Debo ir a ver a Necile y hablar con ella de este asunto”, pensó.

Así que cuando hubo terminado el ciervo de juguete, que era muy parecido a un ciervo que había conocido en los claros del bosque, entró en Burzee y se dirigió a la cabaña de la bella ninfa Necile, que había sido su madre adoptiva.

Ella lo saludó con ternura y cariño, y escuchó con interés la historia de la visita de Bessie Blithesome.

—Ahora dime —dijo—, ¿debo dar juguetes a los niños ricos?

—Nosotros, los del Bosque, no sabemos nada de riquezas —respondió—. A mí me parece que un niño es igual a otro niño, ya que todos están hechos del mismo barro, y que las riquezas son como un vestido, que se puede poner o quitar, dejando al niño sin cambios. Pero las Hadas son guardianas de la humanidad, y conocen a los niños mejor que yo. Llamemos a la Reina de las Hadas. Así se hizo, y la Reina de las Hadas se sentó junto a ellos y escuchó a Claus relatar sus razones para pensar

que los niños ricos podían arreglárselas sin sus juguetes, y también lo que había dicho la Ninfa.

—Necile tiene razón —declaró la Reina—; porque, ya sea rica o pobre, el deseo de una niña de tener lindos juguetes es natural. El corazón de la rica Bessie puede sufrir tanto como el de la pobre Mayrie; puede estar tan sola y descontenta como alegre y feliz. Creo, amigo Claus, que es tu deber alegrar a todos los pequeños, ya vivan en palacios o en chozas.

—Tus palabras son sabias, Reina de las Hadas —respondió Claus—, y mi corazón me dice que son tan justas como sabias. De ahora en adelante, todos los niños podrán reclamar mis servicios.

Luego se inclinó ante el Hada y, besando los rojos labios de Necile, regresó a su Valle.

En el arroyo se detuvo a beber, y después se sentó en la orilla y tomó un trozo de arcilla húmeda entre sus manos mientras pensaba qué clase de juguete debería hacer para Bessie Blithesome. No se dio cuenta de que sus dedos estaban dando forma a la arcilla hasta que, al mirar hacia abajo, ¡descubrió que inconscientemente había formado una cabeza que tenía un ligero parecido con la ninfa Necile!



Immediatamente se interesó. Recogió más arcilla de la orilla y la llevó a su casa. Luego, con la ayuda de su cuchillo y un trozo de madera, consiguió trabajar la arcilla hasta convertirla en la imagen de una ninfa de juguete. Con hábiles pinceladas formó una larga cabellera ondulante en la cabeza y cubrió el cuerpo con un vestido de hojas de roble, mientras que los dos pies que sobresalían por debajo del vestido estaban calzados con sandalias.

Pero la arcilla era blanda y Claus se dio cuenta de que debía manipularla con cuidado para no estropear su bonito trabajo.

“Quizás los rayos del sol eliminen la humedad y se endurezca la arcilla”, pensó. Así que colocó la imagen sobre una tabla plana y la expuso al sol.

Hecho esto, fue a su banco y empezó a pintar el ciervo de juguete, y pronto se interesó tanto por el trabajo que se olvidó por completo de la ninfa de arcilla. Pero a la mañana siguiente, al fijarse en ella mientras yacía sobre la tabla, descubrió que el sol le había dado la dureza de la piedra y que era lo bastante fuerte como para poder manipularla con seguridad.

Claus pintó a la ninfa con gran esmero a semejanza de Necile, dándole ojos azul oscuro, dientes blancos, labios rosados y cabello castaño rojizo. El vestido lo pintó de verde hoja de roble, y cuando la pintura estuvo seca, el propio Claus quedó encantado con el nuevo juguete. Por supuesto, no era tan bonita como la verdadera Necile, pero, teniendo en cuenta el material del que estaba hecha, a Claus le pareció muy hermosa.

Al día siguiente, cuando Bessie, montada en su corcel blanco, llegó a su casa, Claus le entregó el nuevo juguete. Los ojos de la niña brillaron más que nunca al examinar la bonita imagen, que le encantó de inmediato y la estrechó contra su pecho, como hace una madre con su hijo.

—¿Cómo se llama, Claus? —preguntó.

Claus sabía que a las ninfas no les gusta que los mortales hablen de ellas, así que no pudo decirle a Bessie que era una imagen de Necile lo que le había regalado. Pero como era un juguete nuevo, buscó en su mente un nombre nuevo para llamarlo, y la primera palabra que se le ocurrió decidió que serviría muy bien.

—Se llama muñeca, querida —le dijo a Bessie.

—Llamaré a mi muñeca mi bebé —respondió Bessie, besándola con cariño—, y la cuidaré tanto como la Niñera cuida de mí. Muchas gracias, Claus; ¡tu regalo me ha hecho más feliz que nunca!

Luego se alejó, abrazando el juguete, y Claus, al ver su alegría, pensó en hacer otra muñeca, mejor y más natural que la primera.

Trajo más arcilla del arroyo y, recordando que Bessie había llamado bebé a la muñeca, decidió darle a ésta la forma de un bebé. La tarea no fue difícil para el hábil trabajador, y pronto la muñeca se colocó sobre la tabla y se puso a secar al sol. Luego, con la arcilla que quedaba, empezó a hacer una imagen de la propia Bessie Blithesome.

Esto no fue tan fácil, pues descubrió que no podía hacer el vestido de seda de la hija del señor con la arcilla

común. Así que llamó a las Hadas en su ayuda y les pidió que le trajeran sedas de colores con las que hacer un vestido de verdad para la imagen de arcilla. Las hadas se pusieron inmediatamente en camino y, antes del anochecer, regresaron con una generosa provisión de sedas, encajes e hilos de oro.

Claus se impacientó por completar su nueva muñeca y, en lugar de esperar a que saliera el sol, colocó la imagen de arcilla sobre su chimenea y la cubrió con carbones encendidos. Por la mañana, cuando sacó la muñeca de las cenizas, estaba tan dura como si hubiera pasado todo un día al sol.

Nuestro Claus se convirtió en modisto y juguetero. Cortó la seda de color lavanda y la cosió con precisión para confeccionar un hermoso vestido que le quedaba perfecto a la nueva muñeca. Le puso un collar de encaje en el cuello y unos zapatos de seda rosa en los pies. El color natural de la arcilla cocida es gris claro, pero Claus le pintó la cara para que pareciera de carne y hueso, y le puso los ojos marrones, el pelo dorado y las mejillas rosadas de Bessie.

Era realmente una hermosura y seguro que alegraría el corazón de algún niño. Mientras Claus la admiraba, oyó que llamaban a la puerta y entró la pequeña Mayrie. Tenía la cara triste y los ojos enrojecidos de tanto llorar.

—¿Por qué lloras? ¿Qué te aflige, querida? —preguntó Claus, tomando a la niña en brazos.

—¡He... he... he doto mi tato! —sollozó Mayrie.

—¿Cómo? —preguntó Claus con los ojos brillantes.

—Yo... yo lo golpeé, y le adanqué la cola; y... y... luego lo golpeé y le adanqué la oreja. ¡Y ahoda está todo estopeado!

Claus se echó a reír.

—No importa, querida Mayrie —dijo—. ¿Qué te parecería esta nueva muñeca, en vez de un gato?

Mayrie miró la muñeca vestida de seda y sus ojos se agrandaron de asombro.

—¡Oh, Tlaus! —gritó, aplaudiendo con entusiasmo—.

¿Puedo tener esa hedmosa señodita?

—¿Te gusta? —preguntó.

—¡Me encanta! —dijo ella—. Es mejor que los tatos.

—Entonces tómala, querida, y ten cuidado de no romperla.

Mayrie tomó la muñeca con una alegría casi reverente, y su rostro se llenó de sonrisas mientras emprendía el camino hacia casa.